

EUTANASIA Y AUTONOMÍA DEL PACIENTE: LA MUERTE LIBRE NIETZSCHEANA

Paolo Stellino

Universitat de València

Abstract: In the speech “On free death” (*Thus Spoke Zarathustra*, I), Zarathustra shows two different ways to die: the *speedy death*, who should meant for the *superfluous ones*, and the *free death*, who should be intended for the ones, who «practice the difficult art of—going at the right time» (*On free death*).

Analyzing both types of death the author intends to demonstrate the possible contribution that Nietzsche’s “On free death” can bring to the euthanasia debate.

The second part of the essay will concentrate on comparing Nietzsche’s point of view on free death to the defence of the patient autonomy in Milos Forman’s film *One flew over the cuckoo’s nest* (1975).

Keywords: Nietzsche, *free death*, patient autonomy, euthanasia, *One flew over the cuckoo’s nest*.

UNA de las grandes dificultades que encuentra el lector de Nietzsche a la hora de leer las páginas de *Así habló Zaratustra* es, sin duda alguna, el ver como delante de él se eleva un imponente edificio de símbolos y alegorías, un enredo de imágenes metafóricas a través de las cuales Zaratustra habla a sus discípulos. En esta obra, escrita por Nietzsche de 1883 a 1885, el pensamiento roza la forma de poesía. El filósofo alemán piensa y poetiza, poetiza y piensa, llegando a plasmar un *pensamiento simbolizante*, es decir, un pensamiento que exprime toda su carga creativa a través de símbolos.

El águila, la serpiente, el sol, son sólo las más conocidas de las numerosas metáforas que Nietzsche utiliza, concentrando en una sola imagen múltiples significados. Esta es la riqueza del *pensamiento simbolizante*, capaz de forjar símbolos parecidos a la Hidra de Lerna, donde, detrás de cada cabeza cortada, hay dos cabezas nuevas que se forman, volviendo muchas veces el juego de las interpretaciones en una tarea muy complicada para el intérprete.

La *muerte libre* es uno de los símbolos que encontramos en esta obra, una de las tantas enseñanzas de Zaratustra y también este símbolo-enseñanza oculta, a quien sepa seguir los senderos del pensamiento nietzscheano, muchos significados, a primera vista encubiertos, y nuevas vías de reflexión. Recorriendo estas vías, quizás podamos lanzar, según una expresión nietzscheana de las *Canciones del Príncipe Vögelfrei*, nuestro barco *hacia nuevos mares*.

Pero, ¿a quién se dirige Zaratustra en su discurso “De la muerte libre”? Y ¿qué es la *muerte libre*?

Muchos mueren demasiado tarde, y algunos mueren demasiado pronto. Todavía suena extraña esta doctrina: «¡Muere a tiempo!»

Morir a tiempo: eso es lo que Zaratustra enseña.¹

Stirb zur rechten Zeit, muere a tiempo: esta es la enseñanza de Zaratustra, enseñanza que el mismo reconoce como un arte difícil de practicar, pero necesaria. Irse a tiempo de la vida, despedirse a tiempo de ella, esta es la virtud del combatiente y del victorioso, que dicen no *cuando ya no es tiempo de decir sí*.

La *muerte libre*, la muerte que viene como un señor (*als Herr*), es la muerte «que viene a mí porque yo quiero»,² porque mi espíritu ya se ha transformado en un león y quiere luchar para conquistar su libertad, porque él quiere pelear con su último señor, el *tú debes* (*du sollst*) kantiano, substituyendo a éste por el *yo quiero* (*ich will*) de la voluntad libre.

La *muerte libre* tiene un significado ambivalente y Zaratustra, en realidad, no la predica de la misma manera a los superfluos que a aquellos que son capaces de decir *yo quiero*, así como la *muerte rápida* es bien diferente de la *mors triumphans*, la muerte como lucha y victoria. Pero para comprender la diferencia entre estas dos diferentes tipologías de muerte, hay que entender antes quiénes son los *superfluos* de la vida para Nietzsche y, por contraposición a éstos, quiénes son las naturalezas denominadas *fuertes*.

¡Ay! Llega el tiempo en que el hombre no dará ya a luz ninguna estrella. ¡Ay! Llega el tiempo del hombre más despreciable (*des verächtlichsten Menschen*), el incapaz de despreciarse (*verachten*) ya a sí mismo.

¡Mirad! Yo os muestro *el último hombre* (*den letzten Menschen*).

“¿Qué es amor? ¿Qué es creación? ¿Qué es anhelo? ¿Qué es estrella?” –así pregunta el último hombre, y parpadea.

La tierra se ha vuelto pequeña (*klein geworden*) entonces, y sobre ella da saltos el último hombre, que todo lo empequeñece (*klein macht*). Su estirpe es indestructible, como el pulgón; el último hombre es el que más tiempo vive.³

Estas son las palabras que Zaratustra dirige a la muchedumbre reunida en el mercado, antes de que el volatinero empiece su último espectáculo, esta es su explicación del *último hombre*, una figura nietzscheana recurrente.

El *último hombre*, el *hombre más despreciable*, es último porque constituye la más inferior tipología de hombre en la escala humana. Es el hombre que está más cerca del mono y del gusano en la cuerda tendida entre el animal y el superhombre. Este tipo de hombre, que todo lo empequeñece y envenena, es incapaz «de lanzar la flecha de su anhelo más allá del hombre»,⁴ es el que no tiene otra meta que su bienestar y su modesta felicidad, el demócrata, que quiere la igualdad entre los hombres, el hombre rebaño, la tipología de hombre más extendida y enfermiza.

Este tipo de hombre es el que critica Zaratustra y que define como *superfluo*, porque de él la raza humana en nada se va a aprovechar, pero justamente este *último hombre*

¹ F. Nietzsche, “Vom freiem Tode”, in *Also sprach Zarathustra. Ein Buch für Alle und Keinen*, Kritische Studienausgabe. Herausgegeben von G. Colli und M. Montinari, de Gruyter, München, 1999, s. 93; “De la muerte libre”, en *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*, traducción de A. Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 2005, p. 118.

² *Ibid.*, “De las tres transformaciones”, p. 119.

³ *Ibid.*, “Prólogo”, p. 41.

⁴ *Ibid.*

es el que pide el pueblo a Zaratustra, rechazando al superhombre, y demostrando una vez más como el profeta que viene de las montañas no es la boca para esos oídos.

La tierra está entonces llena de *superfluos* para Nietzsche, de tuberculosos del alma, que «apenas han nacido y ya han comenzado a morir»,⁵ ataúdes vivientes, envueltos en melancolía, que ven la vida como sufrimiento, fatiga y renuncia. A todos estos hay que enseñarles la *muerte rápida* o, dicho de otra manera, una nueva forma del imperativo categórico kantiano: «¡Tú debes matarte a ti mismo! ¡Tú debes quitarte de en medio a ti mismo!»⁶

Por todas partes resuena la voz de quienes predicán la muerte (*Derer, welche den Tod predigen*): y la tierra está llena de seres a quienes hay que predicar la muerte (*Solchen, welchen der Tod gepredigt werden muss*).

O «la vida eterna»: para mí es lo mismo, —¡con tal de que se marchen pronto a ella!»⁷

A la figura del *superfluo* Nietzsche contraponen una tipología de hombre completamente opuesta: el hombre fuerte, que concibe la guerra como «un atractivo y un estimulante *más* de la vida»,⁸ el quebrantador de los viejos valores y el creador de nuevos, el que devolverá a la tierra su sentido y partirá de ella para valorar, el que acepta activamente el eterno retorno y la inocencia del devenir, él, cuya voluntad de verdad es *voluntad de poder*.

A este hombre Zaratustra no predica la *muerte rápida*, la muerte destinada a los débiles, sino otro tipo de muerte, la muerte como victoria, como lucha en la que se *prodiga un alma grande*, la muerte que viene como *señor*, contrapuesta a la *muerte gesticuladora* de los *superfluos*, «que se acerca furtiva como un ladrón». ⁹ Esta es la muerte libre, la muerte «que viene a mí porque yo quiero». ¹⁰

Pero entonces, ¿cuando querré? ¿Cuándo comprenderé que ya ha llegado *mi tiempo*?

Quien tiene una meta (*ein Ziel*) y un heredero (*einen Erben*) quiere la muerte en el momento justo (*zur rechten Zeit*) para la meta y para el heredero.

Y por respeto a la meta y al heredero ya no colgará coronas marchitas en el santuario de la vida. ¹¹

Ehrfurcht, un respeto profundo, casi un temor (*Furcht*) frente al honor (*Ehre*) de aquel que tiene una meta y quiere crear nuevos valores, aquel que representa una esperanza para la tierra. Pero, sobre todo, un respeto profundo hacia la vida, hacia una tipología precisa de vida: la vida sobreabundante y creadora.

Para Nietzsche la vida no es algo estático e inmóvil, sino algo dinámico, en continua evolución, una constante lucha entre distintas fuerzas y diferentes voluntades de poder, un eterno valorar y crear nuevos valores. Por eso «una boca desdentada no tie-

⁵ *Ibid.*, “De los predicadores de la muerte”, p. 80.

⁶ *Ibid.*, p. 81.

⁷ *Ibid.*, p. 82.

⁸ F. Nietzsche, “Para la historia natural de la moral”, en *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*, traducción de A. Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 2003, p. 141.

⁹ F. Nietzsche, “De la muerte libre”, en *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*, cit., p. 119.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*

ne ya derecho a todas las verdades»,¹² justamente porque no *hay hechos*, es decir, no *hay verdades*, sino *sólo interpretaciones*. Las interpretaciones cambian dependiendo de quien valora y aquel que ya no tiene derecho a crear, es decir, cuya voluntad de poder ya no es lo bastante fuerte como para crear nuevos valores, sólo puede ganar su última batalla y salir de la lucha como un ganador, comprendiendo que aún puede elegir una *muerte libre*, volviendo a afirmar la libertad de su voluntad, y despedirse de la vida *zur rechten Zeit*, a tiempo.

Pero no todos los hombres son tan fuertes y valientes para afirmar la *muerte libre*; a los otros, frutos ya podridos, que por cobardía no quieren desprenderse del árbol y penden demasiado tiempo de sus ramas, Zaratustra no puede sino predicar la *muerte rápida*, esperando a que llegue una tempestad que haga «caer del árbol a todos esos podridos y comidos de gusanos».¹³

Nietzsche retoma el tema de la *muerte libre* en las *IncurSIONES de un intempestivo del Crepúsculo de los ídolos*, donde la entonación parece aún más áspera de la de los discursos de Zaratustra. El filósofo alemán habla aquí a los médicos, enseñándoles una moral novedosa para su profesión, una moral basada en la creación de una responsabilidad nueva (*eine neue Verantwortlichkeit*), una responsabilidad, parecida al respeto profundo (*Ehrfurcht*) antes mencionado,¹⁴ hacia la vida, una vida *ascendente* (*aufsteigendes Leben*), que «exige el aplastamiento y la eliminación sin consideraciones de la vida *degenerante* (*entartendes Leben*)».¹⁵ La única vida digna es la vida *ascendente*, porque es la única que puede garantizar una mejora de la raza humana, no en sentido genético, sino fisiológico (no hay que confundir a Nietzsche con los seleccionadores nacionalsocialistas de raza aria, aunque sus palabras acerca del aplastamiento de la vida *degenerante* parecen ser una predicción de lo que pasó medio siglo después en los campos de concentración).

El *superfluo* pertenece a la vida carente de valor, es un parásito de la sociedad y por eso no tiene derecho a procrear, nacer o vivir.

Finalmente, un consejo para los señores pesimistas y demás *décadents*. No está en nuestra mano el impedir haber nacido: pero ese error —pues a veces es un error— podemos enmendarlo (*diesen Fehler wieder gut machen*). Cuando uno se *suprime* (*sich abschafft*) a sí mismo hace la cosa más estimable que existe: con ello casi merece vivir... La sociedad, ¡qué digo!, la vida misma saca más ventaja de esto que de una «vida» cualquiera vivida en la renuncia (*Entsagen*), la anemia y demás virtudes, se ha liberado a los otros del espectáculo de uno mismo, se ha liberado a la vida de una objeción...¹⁶

En conclusión, se puede distinguir en Nietzsche dos tipologías de muerte bien distintas y diferentes: por una parte, la *muerte libre*, es decir, la muerte que se elige y se quiere cuando «ya no es tiempo de decir sí»,¹⁷ la muerte como triunfo en la lucha de la vida, la muerte consumada victoriosamente; por otra parte, la *muerte rápida*, la muerte que cada superfluo debería de aceptar para el *bien* de la raza humana, la muerte

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*, p. 120.

¹⁴ *Ibid.*, p. 119.

¹⁵ F. Nietzsche, “IncurSIONES de un intempestivo”, en *CrePúsculo de los ídolos*, traducción de A. Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 2004, p. 116.

¹⁶ *Ibid.*, p.117.

¹⁷ F. Nietzsche, “De la muerte libre”, en *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*, cit., p. 120.

que Zaratustra desea para las manzanas agrias o para aquellas podridas, para aquellos enfermos que ya han perdido el *derecho* a la vida (*das Recht zum Leben*).

La segunda noción de muerte, la *muerte rápida*, impregnada de connotaciones negativas en la actualidad, ya se ha vuelto inactual, o, por lo menos, es lícito esperarlo. Este tipo de muerte, justamente por haberse vuelto demasiado actual durante el holocausto de la segunda guerra mundial (sólo para citar una de las masacres más cruentas de la historia, pero no la única), ya no tiene posibilidad de mantenerse como doctrina o enseñanza para futuros discípulos. Pero la segunda noción de muerte, la *muerte libre*, que quizá llega aún demasiado pronto para nuestro tiempo, ¿no debería volverse actual? ¿Quién sería capaz de criticar a Nietzsche la imagen de una muerte realizada con *lucidez* y *alegría*, como el filósofo describe en las siguientes líneas, sino sólo por ser, tal vez, demasiado utópica?

La muerte elegida libremente, la muerte realizada a tiempo, con lucidez y alegría, entre hijos y testigos: de modo que aún resulte posible una despedida real (*ein wirkliches Abschiednehmen*), a la que *asista todavía aquel* que se despide (*wo Der noch da ist, der sich verabschiedet*), así como una tasación real de lo conseguido y querido, una *suma* de la vida (*eine Summierung des Lebens*).¹⁸

Der Tod, aus freien Stücken gewählt, la muerte elegida por propia voluntad, libremente, es la antítesis más fuerte de aquella «lamentable y horrible comedia que el cristianismo ha hecho de la hora de la muerte».¹⁹ A la *muerte libre*, la muerte realizada a tiempo, *zur rechten Zeit*, Nietzsche contrapone una *muerte no libre*, realizada «en las condiciones más despreciables»,²⁰ «una muerte propia de un cobarde»,²¹ una *muerte a destiempo*, *zur unrichten Zeit*. Esta *muerte a destiempo* y *no libre* es para Nietzsche, en realidad, la llamada muerte *natural*, la cual, en última instancia, no es otra cosa que una muerte *no natural*, un verdadero suicidio: nunca perecemos por causa de otro, dice Nietzsche, sino siempre por causa de nosotros mismos.

La llamada muerte *natural* es entonces para Nietzsche solamente la fase final de un proceso fisiológicamente degenerativo y la única diferencia entre aquel que elige la muerte de manera anticipada, o, en términos nietzscheanos, de manera libre, y aquel que espera que su cuerpo deje de respirar y vivir hasta el último instante, estriba en que al primero todavía le resulta posible despedirse realmente y activamente de la vida y confirmar, en esta última elección, la plena libertad de su voluntad, mientras que al segundo todo esto no le está permitido.

Libre para la muerte (*zum Tode*) y libre en la muerte (*im Tode*), un santo que dice no cuando ya no es tiempo de decir sí (*ein heiliger Nein-sager, wenn es nicht Zeit mehr ist zum Ja*): así es como él [el adulto] entiende de vida y de muerte.

Que vuestro morir no sea una blasfemia (*Lästerung*) contra el hombre y contra la tierra, amigos míos: esto es lo que yo le pido a la miel de vuestra alma.

En vuestro morir deben seguir brillando vuestro espíritu y vuestra virtud, cual luz vespertina en torno a la tierra: de lo contrario, se os habrá malogrado el morir (*das Sterben ist euch schlecht gerathen*).

¹⁸ F. Nietzsche, "Incursiones de un intempestivo", en *Crepúsculo de los ídolos*, cit., p. 116.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*, p. 117.

Así quiero morir yo también, para que vosotros, amigos, améis más la tierra, por amor a mí; y quiero volver a ser tierra, para reposar en aquella que me dio a la luz (*und zur Erde will ich wieder werden, dass ich in Der Ruhe habe, die mich gebar*).²²

El momento de la muerte llega a ser entonces la ocasión para hacer brillar, por la última vez, nuestro espíritu y nuestra virtud, para afirmar el *yo quiero* frente al *tú debes*, es decir, la libertad de la voluntad frente a la constricción de la misma, para reconciliarnos con la tierra que nos dio a la luz y en ella reposar definitivamente.

En Nietzsche, la muerte deja de ser la pesadilla que abruma y angustia al espíritu humano, la sombra que siempre sigue nuestros pasos, el Mefistófeles goethiano que ha de llegar inevitablemente en el silencio de la media noche, sino que, al revés, se convierte en una libre elección, en una última despedida *entre hijos y testigos*, una despedida que se parece más a una fiesta, que a un entierro donde sólo reinan tristeza, luto y soledad.

Quizás sea esta idea nietzscheana de la *muerte libre*, como ya hemos dicho antes, demasiado utópica o inactuante, pero, en la fase contemporánea de desarrollo avanzado de las nuevas tecnologías médicas, que muchas veces, en vez de llevar a una *eu-tanasia*, en el sentido etimológico del termino como *buena muerte*, llevan a una *dis-tanasia* (termino utilizado para indicar el encarnizamiento o la obstinación terapéutica), es lícito preguntarse si de verdad importa más la *cantidad* de vida, que la *calidad*, o, para decirlo en términos nietzscheanos, la *cualidad*.

Los avances tecnológicos recientes si por un lado han indudablemente mejorado e incrementado la calidad de vida en muchos enfermos, por otro lado pueden llevar, como en el caso de un paciente en estadio terminal, a una dilatación inadecuada del proceso agónico. Alargar la vida del enfermo terminal innecesariamente a través de todos los medios proporcionados por las nuevas tecnologías, cuando ya no hay esperanza alguna de curación, lleva en algunos casos al proceso, ya mencionado, de *dist-tanasia*. En estos casos, como dice justamente Diego Gracia, «la salud también puede convertirse en una ideología, en falsa conciencia. Se produce entonces el fenómeno que Marx denominó “enajenación”»,²³ y que Nietzsche define con las expresiones antes mencionadas de “el malograrse del morir” o “una blasfemia contra el hombre y contra la tierra”.

Frente a aquellos enfermos en estadio terminal que piden el suicidio asistido como medio para acabar con sus sufrimientos y considerando el enorme desarrollo de las nuevas tecnologías en el campo médico, hay que plantearse la siguiente cuestión: ¿La conservación y la supervivencia biológica son unos valores absolutos? O, dicho de otra manera: ¿La conservación y la supervivencia biológica tienen que ser siempre los valores más importantes, es decir, aquellos que siempre priman?

Al respecto el punto de vista nietzscheano es muy claro y sencillo: «La experiencia básica de Nietzsche —dice J. Conill en su libro *El poder de la mentira*—²⁴ es justamente la de la *desvinculación de lo incondicionado*.» Hablar de perspectiva vital en Nietzsche no quiere decir defender apriorísticamente la vida humana en todas sus

²² F. Nietzsche, “De la muerte libre”, en *Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie*, cit., pp. 120-121.

²³ D. Gracia, “Historia de la eutanasia” en Salvador Urraca Martínez Ed., *Eutanasia hoy. Un debate abierto*, Editorial Noesis, Madrid, 1996, p. 85.

²⁴ J. Conill, *El poder de la mentira. Nietzsche y la política de la transvaloración*, Tecnos, Madrid, 2001² [1997], p. 65.

posibles formas y expresiones, sino que la cuestión es justamente la del *valor* de cada vida humana. Para el filósofo alemán no tienen el mismo valor la vida de un *superfluo*, que la vida de un hombre que ya se ha puesto en marcha en el *peligroso* camino hacia el superhombre. En el momento en que se descubre que *el mundo verdadero se ha convertido en una fábula* y que los valores incondicionados son en realidad valores humanos, demasiado humanos, entonces para Nietzsche ya no tiene sentido defender una primacía ética apriorística de la conservación o de la supervivencia meramente biológica.

En el juego de las interpretaciones que históricamente se han contrapuesto, y siempre seguirán contraponiéndose, ya no se puede apelar a valores incondicionados, porque cada valor ha sido creado por el hombre y porque, detrás de cada valor, no habla otra voz que no sea la de la voluntad de poder:

«En verdad los hombres se han dado a sí mismos todo su bien y todo su mal. En verdad, no los tomaron de otra parte, no los encontraron, éstos no cayeron sobre ellos como una voz del cielo.

Para conservarse, el hombre empezó implantando valores en las cosas (*Werthe legte erst der Mensch in die Dinge*), —él fue el primero en crear un sentido a las cosas, un sentido humano (*einen Menschen-Sinn*)!

[...] Valorar (*Schätzen*) es crear (*schaffen*): ¡oídlo, creadores! El valorar mismo es el tesoro y la joya de todas las cosas valoradas.

Sólo por el valorar existe el valor: y sin el valorar estaría vacía la nuez de la existencia. ¡Oídlo, creadores!»²⁵

Siguiendo la perspectiva nietzscheana, el valor de la vida no puede verse entonces como un valor incondicionado y apriorístico en cada caso, sino sólo como un valor *condicionado*, un valor que el hombre mismo atribuye a la vida que él vive a partir de su individualidad, su particularidad concreta e histórica, y su estar insertado en una comunidad social.

Aplicando esta perspectiva al caso de un médico que se encuentra frente a un paciente que le pide acabar con sus sufrimientos a través de la eutanasia o del suicidio asistido, cuando no se diera ninguna obligación o constricción por parte de la sociedad, sino que se practicara el acto por libre y voluntaria elección, es lícito deducir entonces que el mismo médico optaría por ayudar al paciente, permitiéndole reafirmar su *sentido vital* en la elección de la muerte como su *última meta*, como *muerte libre*.

La primacía en Nietzsche de la *muerte libre* frente a la denominada *muerte natural*, se basa entonces sobre la defensa de la autonomía y de la libertad de la voluntad (el *yo quiero* frente al *tú debes* kantiano). La defensa de estos dos valores son los mismos sobre los cuales se basa la película *Alguien voló sobre el nido del cuco* (*One flew over the cuckoo's nest*), rodada en 1975 por el director de cine checo Milos Forman, película que sería interesante analizar en este ámbito, en conexión con la perspectiva nietzscheana, para ver cómo muchas veces el sistema sanitario reduce, cuando no aplasta, el poder decisorial y la autonomía del paciente.

En 1963, el preso R. P. McMurphy (Jack Nicholson), después de haber fingido locura, es llevado a un hospital psiquiátrico. Aquí el doctor, leyendo el informe sobre el detenido que le ha sido entregado, explica a McMurphy que lo han traído ahí porque

²⁵ *Ibid.* (I, “Von tausend und Einem Ziele”), p. 75; (I, “De las mil metas y de la «única» meta”), p. 100.

«ha sido agresivo, ha hablado sin permiso, no se adapta al trabajo [y] es un vago».²⁶ Pero la verdadera razón es otra: el preso está en el hospital para que le evalúen y decidan si realmente es un enfermo mental o si solamente finge serlo.

McMurphy es un preso violento, tiene por lo menos cinco detenciones por agresión, pero, por otra parte, «¡Rocky Marciano tiene cuarenta y es millonario!», contesta el detenido al doctor. Le han encarcelado por acostarse con una menor y por su actitud anárquica le han enviado al hospital psiquiátrico: «Por eso terminé en la cárcel y ahora me dicen que estoy loco, porque no me quedo sentado como una maldita lechuga. No tiene ningún sentido. Si eso es estar loco, entonces soy un inconsciente, ni más, ni menos.» Ya desde el principio de la película, McMurphy cuestiona el límite que separa la razón de la locura, que distingue a un loco de una persona cualquiera, y el espectador acabará por no tener tan clara la razonabilidad de estos criterios.

McMurphy ingresa entonces en el hospital. Por la mañana los pacientes, después de la actividad física, se sientan todos en círculo y discuten un problema personal bajo la coordinación y la autoridad de la enfermera Miss Ratched (Louise Fletcher), pero, como de costumbre, nadie opina. Las reuniones que deberían servir para desarrollar la personalidad de los internados alimentan, en realidad, sólo la ulterior sumisión de estos a Miss Ratched, que controla a los pacientes con su atenta mirada autoritaria. Cuando por fin los pacientes empiezan a hablar, la discusión se vuelve rápidamente en una pelea verbal. El espectador no puede sino empezar a dudar de que ese sea el método correcto.

Con el transcurrir de los días, McMurphy intenta cambiar la rutina monótona de la enfermera: en primer lugar, intenta enseñar a *Jefe*, un indio sordomudo (Will Sampson), a jugar al baloncesto, y luego explica a los otros pacientes un juego nuevo con las barajas, pero este cambio de rutina no es apreciado por Miss Ratched, para la cual la vida parece limitarse al respeto estricto de las reglas. Cuando McMurphy entra en el despacho de Miss Ratched para bajar el volumen de la música, sin pedir antes permiso, la enfermera, en vez de escuchar su simple petición, le ordena salir del despacho, porque ahí los pacientes no pueden estar.

McMurphy cuestiona la razonabilidad de las reglas, quiere comprender el motivo de éstas y rechaza conformarse a ellas solamente *por deber* o porque es *justo* que sea así. Lo que Nietzsche teoriza en sus escritos, el preso de este hospital lo intuye a través de su carácter rebelde e inquieto: el bien y el mal de la enfermera no son valores absolutos y universales, sino solamente el medio a través del cual la sociedad llega a dominar y aniquilar las naturalezas anticonformistas.

Cuando la enfermera durante la *medication time* entrega el fármaco a los pacientes, McMurphy quiere saber qué tipo de medicamento les viene administrando. «No me hace mucha gracia tomar algo si no sé lo que es», dice con razón el preso, pero Miss Ratched reafirma su autoridad y poder con sus palabras que no dejan espacio a ninguna réplica: «Si el Sr. McMurphy no quiere tomar la medicación por vía oral, estoy segura de que encontraremos otra manera de administrársela. Pero creo que no le gustaría.»

McMurphy reafirma su derecho a ser informado escupiendo la pastilla a escondidas, pero la respuesta de la enfermera no deja de asombrar al espectador moderno, cons-

²⁶ Las siguientes citas han sido tomadas directamente de los diálogos de la película *Alguien voló sobre el nido del cuco* (One flew over over the cuckoo's nest), dirigida por Milos Forman, con Jack Nicholson, Louise Fletcher, Danny DeVito, etc., 1975, Estados Unidos, 133'.

ciente de que después de treinta años la situación sigue siendo muchas veces siempre la misma. Detrás del argumento de la escasa preparación médica de los pacientes, se esconde en realidad el paternalismo sanitario de algunos médicos, muchas veces dispuestos a negar todo tipo de información al paciente, aunque la solicite:

Ocultar sistemáticamente la información al paciente suele originarle estados de insatisfacción, inseguridad y pérdida de confianza en los profesionales y en la familia. Mal se puede ayudar a un enfermo terminal si se le oculta la verdad de su diagnóstico-pronóstico y de las alternativas de tratamiento.²⁷

La respuesta perentoria de Miss Ratched no deja espacio a ningún *yo quiero* nietzscheano, sino sólo a un rígido *tú debes* impuesto por la autoridad médica. En el mundo de la enfermera la autonomía decisional y la libertad de la voluntad de los pacientes pueden existir sólo como valores subordinados a las reglas y convenciones preestablecidas por el personal sanitario, y sólo en la medida en que se sometan a éstas. El hospital llega a ser el medio para crear esa *uni-formidad* que Zaratustra tanto critica en su discurso “De la guerra y el pueblo guerrero”,²⁸ y quien no se conforma, viene condenado al ostracismo y definido como criminal o enfermo mental. La sociedad autolimina así a sus enemigos más peligrosos.

En otra reunión, McMurphy vuelve a intentar cambiar la rutina, sugiriendo que se modifique el horario de la noche para poder ver en la televisión un partido de béisbol. Aunque el preso esté intentando cambiar un horario «muy bien estudiado», y aunque éste no sea el procedimiento adecuado, Miss Ratched propone que todos los pacientes decidan a través de una votación. Pero por miedo frente a la personalidad autoritaria de la enfermera o porque su voluntad ya ha sido aplastada desde hace tiempo, muchos pacientes no levantan la mano. «Tres votos no son suficientes para cambiar la normativa», comenta Miss Ratched, utilizando un lenguaje despersonalizado y despersonalizante típico del contexto burocrático. Frente a ella no hay personas, sino sólo pacientes, y su petición ha sido rechazada.

La reunión se acaba, pero McMurphy no ha cambiado de opinión; quiere ir a ver el partido en algún bar del centro y pregunta quién quiere seguirle. Un paciente le recuerda, paradójicamente con razón, que no puede salir del centro y el preso, que no se da por vencido, apuesta que podrá levantar el lavabo y arrojarlo contra la ventana. Desafortunadamente, el lavabo pesa demasiado y McMurphy pierde la apuesta y a quien le bromea, contesta: «Al menos lo he intentado, ¿no?»

El germen de la rebelión empieza a inculcarse en las mentes de los pacientes y el día después Cheswick se queja de que Miss Ratched presione a Billy²⁹ porque no quiere contestar a una pregunta durante la reunión. «Si Billy no quiere hablar, ¿por qué le presiona? ¿Por qué no hablamos de otro tema?», pregunta Cheswick. La enfermera, con su compostura habitual, contesta a Cheswick que el tema de esa sesión es la terapia, pero éste no está satisfecho con la respuesta y vuelve a preguntar: «No lo entiendo. [...] El Sr. McMurphy comentó ayer algo sobre una fase final. ¿Un partido de béisbol? Yo nunca he ido a un partido de béisbol y me gustaría ver uno. Eso también sería una buena terapia, ¿no le parece, Srta. Ratched?»

²⁷ Salvador Urraca Martínez, *Eutanasia: concepto y contexto*, en S. Urraca Martínez, *Eutanasia hoy. Un debate abierto*, cit., p. 62.

²⁸ F. Nietzsche, “De la guerra y el pueblo guerrero”, en *Así habló Zaratustra*, cit.

²⁹ Cheswick y Billy son dos pacientes del hospital psiquiátrico.

La pregunta de Cheswick toca un tema todavía muy actual, especialmente dentro del debate sobre la eutanasia: el *cuidar* y el *curar* no siempre van juntos y muchas veces los médicos, también por falta de tiempo, se dedican más a curar un paciente, que a cuidar del mismo. ¿Qué es, entonces, una buena terapia? ¿La monotonía y uniformidad de un tratamiento siempre igual e invariado o, tal vez, la elección de dejar al paciente la posibilidad de participar en la construcción de la terapia destinada a él mismo?

En la televisión hay otro partido y los pacientes vuelven a votar. Llega la primera derrota del principio autoritario representado por Miss Ratched; esta vez la votación es favorable. Pero la enfermera tampoco quiere darse por vencida y, para invalidar la votación, cuenta también el voto de los demás pacientes que no participan a la reunión, por ser enfermos crónicos. McMurphy busca entonces un voto más, pero choca con la impasibilidad de internados que viven completamente aislados y enajenados de la realidad. Mientras que la enfermera levanta la sesión, el preso incita al indio a que levante la mano: «¡Enséñale que puedes hacerlo!. ¡Que todavía puedes hacerlo!»

McMurphy *todavía* tiene confianza en el indio, *todavía* cree que en él queda un residuo de ser humano que no ha sido definitivamente consumado por un sistema hospitalario enajenante y despersonalizante. *Jefe* levanta la mano y McMurphy vuelve a tener la mayoría, pero Miss Ratched vuelve a repetir: «Se ha levantado la sesión y cerrado la votación.»

El principio de autoridad viene restaurado, pero la inflexibilidad de la enfermera nada puede contra la increíble fantasía del preso que, sentado frente a una televisión apagada, empieza a comentar un partido imaginario. Los pacientes se sientan con McMurphy y miran sonriendo la pantalla oscura, donde sólo se ve el reflejo de sus caras. Una pelota se sale del campo y todos gritan y festejan como si estuvieran en el estadio. La rutina ha sido rota y ya nadie obedece a la enfermera que les ordena acabar con esa ficción.

Al cabo de cuatro semanas, el doctor vuelve a hablar con McMurphy, diciéndole que no ha encontrado en él síntomas de locura. El preso pregunta entonces si el médico quiere que él se masturbe delante de todos o que defecue en el suelo, para que se le considere un *loco*, abriendo así una vía a la reflexión sobre un tema de primaria importancia en esta película: ¿Qué es la locura? ¿Dónde empieza la locura? ¿Quién tiene el derecho para atribuir a un ser humano la locura y a otro la razón?

El paciente de un hospital psiquiátrico es normalmente definido como un *loco*, pero ¿no es también locura obligar a unos pacientes a vivir una vida monótona y *uniforme*, sin dejarles la mínima posibilidad de elegir libremente y autónomamente acerca de su vida, una vida que tal vez tampoco se podría definir como tal? Y yendo más allá del ámbito específico de la película aquí analizada, hay que preguntarse si lo que acabamos de decir, ¿no es justamente lo que pasa con esos enfermos terminales que piden, por ejemplo, el suicidio asistido? ¿No se comete en estos casos el error de anteponer motivaciones ético-rationales (el valor *incondicionado* de dignidad, que la vida humana tendría considerada en sí misma) a la importancia de vivir una vida de *calidad*? Y, por último, ¿puede darse *calidad*, ahí donde el paciente es privado de su libertad y autonomía decisional (el *yo quiero* nietzscheano)?

McMurphy parece querer luchar para que los pacientes vuelvan a descubrir el valor de la libertad y, una vez escapado del hospital con la ayuda del indio, lleva a todos los pacientes a dar una vuelta en mar abierto con un pesquero robado. Los internados aprenden a pescar y disfrutan inmensamente de aquel que parece haber sido su único día de libertad en toda la vida. De vuelta al puerto, los pacientes no pueden más que

gloriarse felices de los peces pescados. Un día de evasión de la rutina ha sido mucho más eficaz que varias sesiones de terapia de grupo, pero esto los médicos no lo pueden reconocer y así definen a McMurphy: «No está loco, pero es peligroso.»

El peligro que McMurphy representa es la voz del *outsider* (el transgresor), que se levanta contra el orden constituido, el grito del paciente del hospital psiquiátrico o del detenido de la cárcel, cuya voluntad todavía no ha sido definitivamente aplastada y aniquilada por el sistema autoritario y de control, grito de rabia y de acusación a la vez, contra unos procedimientos aptos para reducir la persona a un autómatas obediente y dócil.

Y es, justamente, una persona lo que vuelve a ser el indio cuando, después de que McMurphy le ha pasado el balón, lo mete dentro de la canasta. El preso, con su carisma y su voluntad, ha logrado transformar a un sordomudo asocial y autómatas en un jugador parte de un equipo, ha logrado hacerle participar en el juego: le ha devuelto al mundo de los seres humanos, le ha devuelto la vida.

McMurphy parece llevar a cabo su difícil tarea de devolver a los pacientes su autonomía crítica, es decir, de devolver a unos *locos* el juicio, pero sufre una gran decepción al descubrir durante una reunión que la mayoría de los pacientes se someten voluntariamente, y no por obligación, a las curas de Miss Ratched. «No hacéis más que quejaros de que no podéis soportar esto; ¿y no tenéis el valor para largaros de aquí? ¿Creéis que estáis locos o qué? Pues no. ¡No estáis locos! No más que cualquier tonto que se pasea por la calle.»

Cheswick, Billy, el indio y todos los enfermos imaginarios del hospital no son más locos que la enfermera, que desahoga su sexualidad reprimida en una relación de autoridad con sus pacientes, sino que ellos tienen solamente miedo a expresar su propia opinión, a defender su libertad, a luchar por su autonomía.

Nadie contesta a los *comentarios muy provocadores* de McMurphy, porque nadie tiene el valor de opinar delante de la mirada glacial de Miss Ratched, y Scanlon, otro paciente, es únicamente capaz de preguntar por qué no se le concede más tiempo a él mismo para quedarse sólo en su dormitorio. «Recuerde que hemos comentado muchas veces que el tiempo que pasa en compañía es muy terapéutico», contesta la enfermera, «mientras que la soledad aumenta la sensación de la separación.» Miss Ratched acaba con estas palabras de criticar al entero sistema terapéutico del hospital psiquiátrico en el que ella misma trabaja. ¿Es de enfermos querer estar solos?, pregunta otro paciente. ¿Por qué, entonces, se tiene a los internados segregados y no se les deja vivir en sociedad, si ésta es la mejor terapia para ellos?, debería preguntarse el espectador. Porque el control del *transgresor* es más fácil en un hospital psiquiátrico o en una cárcel, es decir, ahí donde una exacta línea de demarcación separa sanos mentales de locos, hombres honorables de criminales, sanos de enfermos. Quien sobrepasa esa línea está perdido y olvidado; difícilmente la sociedad concede la redención o una nueva posibilidad.

Mientras tanto la reunión se anima siempre más. Un paciente rechaza abiertamente las normas de la enfermera y enloquece, porque quiere los cigarrillos que ha perdido apostando con McMurphy en un juego de barajas. Éste rompe entonces el vidrio del despacho de Miss Ratched y coge los cigarrillos para calmar el paciente, pero acaba peleándose con un médico. *Jefe* ayuda a McMurphy en la pelea. Luego llegan otros médicos, inmovilizan a los dos y los llevan a otra sala.

En la espera el preso ofrece un chicle al indio y éste le contesta agradecido con algunas palabras, desvelando así que se ha hecho pasar por sordomudo sólo para poder engañar a los médicos. Los dos deciden escaparse e irse al Canadá, pero antes

tienen que ser castigados por la osadía de su rebelión, y el medio más seguro de punición es un choque eléctrico, parecido, en la *sancta simplicitas* de los médicos, a un cualquier otro método de cura.

La crueldad del sistema del hospital psiquiátrico alimenta aún más la intención de McMurphy de escaparse y por la noche, mientras todos duermen, despierta al indio, diciéndole que quiere irse esa misma noche. Sin embargo *Jefe* no ha logrado todavía la plena libertad del *yo quiero* nietzscheano y por miedo decide no unirse a los planes del amigo, dándole una razonable explicación de su decisión: «Yo no soy tan grande como tú. Mi padre sí que es grande. Hacía lo que le daba la gana. Por eso acabaron con él. La última vez que le vi, estaba ciego por el alcohol y cada vez que se llevaba la botella a la boca, ni siquiera la chupaba. Era ella la que le chupaba a él, hasta que se quedó tan arrugado y amarillo que ni los perros le reconocían. No digo que lo hayan matado. Fueron minando su voluntad, como están haciendo contigo.»

El indio alcanza con su agudeza a desvelar el punto clave del asunto: por una parte, es consciente de que para ir contra la sociedad y sus mecanismos hace falta una fuerza de voluntad increíble o, dicho en términos nietzscheanos, una voluntad de poder inaplastable e imparable; por otra parte, sabe que la sociedad no deja espacio a ningún tipo de libertad que vaya más allá de las reglas permitidas por ella, y a los transgresores, que violan sus normas, les toca la misma maldición de Prometeo, atado a una roca por haber robado el fuego a los Dioses olímpicos.

McMurphy, con la ayuda de dos mujeres, emborracha al guardián del hospital y organiza una fiesta de despedida, como último regalo para los pacientes, con respecto a los cuales ha llegado a tener, durante su estancia en el hospital, una especie de cariño y atención paternos. Al final de la noche el preso, él mismo borracho, se queda dormido debajo de la ventana abierta y cuando vuelven los médicos ya es tarde para cualquiera tentativa de huir.

Billy, un paciente joven, que durante la noche se ha acostado con una de las mujeres, superando su miedo patológico hacia el sexo opuesto, y que parece haber vuelto a reconquistar su seguridad, frente a la mirada de la puritana Miss Ratched vuelve a balbucear y a someterse otra vez a la autoridad, a la cual se había rebelado. La enfermera le prescribe un choque eléctrico, pero al cabo de unos minutos, quizás por desesperación o por complejo de culpa, Billy se quita la vida.

Frente a la visión de la sangre del joven muerto, los pacientes se vuelven muy nerviosos. Miss Ratched, cuyo ánimo siempre ha sido frío e insensible, es incapaz de comprender el dramatismo de esta tragedia y no puede sino ordenar a los pacientes que se tranquilicen, diciendo: «Lo mejor que podemos hacer es seguir con la rutina de cada día.» Desde la perspectiva de la enfermera, Billy no ha muerto en la búsqueda de su libertad y su autonomía, sino que su muerte es únicamente el resultado de la interrupción de la rutina y de la desobediencia a las normas del hospital.

Oyendo esas palabras, McMurphy, espíritu rebelde que mal tolera la insensibilidad de la enfermera frente a ese drama, intenta ahogar con sus manos a Miss Ratched, pero un médico llega providencialmente antes de que éste logre matarla. Los médicos se llevan al preso y los pacientes vuelven a jugar con las barajas, es decir, a su rutina y normalidad. Por la enésima vez, la autoridad ha sido reafirmada y el germen de la rebelión extirpado, pero, esta vez, de manera definitiva.

Por la noche, mientras todos duermen, dos médicos acompañan a McMurphy a su cama. El indio, que por fin se ha resuelto a escapar del hospital con su amigo, porque ahora se siente «grande como una montaña», va a comunicar al preso su inten-

ción. McMurphy, el espíritu libre e indomable, no reacciona. En su frente brilla una enorme cicatriz, símbolo de la autoridad y del poder, que todo lo somete y lo aplasta. La punición para el moderno Prometeo, que ha llevado el fuego de la libertad a los pacientes del hospital psiquiátrico, ha sido la lobotomía. Su voluntad ha sido aniquilada para siempre y sólo mediante la operación quirúrgica se ha logrado lo que Miss Ratched había intentado con sus métodos represivos, es decir, reconducir al preso bajo el control de las normas sociales.

El indio llora. No quiere irse del hospital sin su amigo, no quiere dejarlo en las manos de unos locos, las manos de los médicos, por supuesto, no de los pacientes. «No me voy sin ti, Mac. No voy a dejarte aquí así. Te vienes conmigo.» El preso es incapaz de contestar; la operación lo ha dejado como un vegetal. *Like a God damn vegetable*, como una maldita lechuga: así, es como McMurphy no quería estar sentado. Por eso había terminado en la cárcel, por eso le decían que era un loco. Y justamente como una lechuga o un vegetal lo han dejado las curas del hospital psiquiátrico. La sociedad no le ha quitado al criminal sólo su locura y su rebeldía, sino también su vida.

«¡Vámonos!», le dice el indio al amigo, mientras le aprieta el cojín contra su cara, ahogándolo. «¡Vámonos!», grita *Jefe*, matando al hombre que le ha devuelto la libertad y llevando a cabo una *buena muerte* en un último y desesperado acto de piedad y de compasión. «¡Vámonos!», susurra el indio, asesinando al amigo, cuya vida ya le había sido quitada por los médicos del hospital.

Jefe, en el silencio de la noche, desarraiga del suelo y levanta el mismo lavabo, que McMurphy antes no había sido capaz de levantar. Mientras el agua fluye abundante por todas partes, inundando la habitación, el indio arroja el lavabo contra la ventana, abriéndose una salida del hospital y una vía hacia la libertad. El fingido sordomudo, la *montaña* que ha vuelto a despertarse, se escapa en las primeras luces del alba, mientras un paciente, detrás de él, lanza gritos de alegría.

En una bandada había tres gansos: uno voló hacia el Este, otro voló hacia el Oeste, y sólo el tercero sobrevoló el nido del cuco:

Vintery, mintery, cutery, corn,
Apple seed and apple thorn;
Wire, briar, limber lock,
Three geese in a flock.
One flew east,
And one flew west,
And one flew over the cuckoo's nest.

Esta poesía para niños es la que da el título a la película, cargándose así de una simbología propia: los dos gansos que vuelan hacia el Este y el Oeste, representan el conflicto entre McMurphy y Miss Ratched, y sus visiones de vida diametralmente opuestas; el ganso que sobrevuela el nido del cuco es el indio *Jefe*, el único que logra escapar del hospital psiquiátrico, es decir, de ese nido lleno de cucos (los pacientes mismos).

Sobrevolando el nido del cuco, el indio realiza el deseo de libertad de McMurphy y recoge la *pelota de oro*, que su amigo le ha donado. *Jefe* se llevará esa pelota siempre consigo en el camino hacia la afirmación de su voluntad.

En verdad, una meta tenía Zaratustra, lanzó su pelota: ahora, amigos, sois vosotros herederos de mi meta, a vosotros os lanzo la pelota de oro.³⁰

³⁰ F. Nietzsche, "De la muerte libre", en *Así habló Zaratustra*, cit., p. 121.

Quizás, podamos un día, también nosotros, recoger la pelota de oro de la *muerte libre* o simplemente el desesperado grito de libertad y de autonomía de McMurphy, del indio y de todos los pacientes del hospital psiquiátrico. Quizás, podamos un día ser herederos de esta meta y dejar que por nuestra boca hable la petición de muchos enfermos terminales, que desde sus camas piden sólo y únicamente una *buena muerte*.